

BOSTON ANGELS/ Pedro Granados

Comida zombie

La comida de Anna era *zombie*. Todo lo cocinaba en el espacioso microondas; jamás en la poderosa cocina con finos acabados de cobre y listones de tocuyo que venían acaso del tiempo en que la compró, hacía años. Filetes enormes de pescado, brócolis gigantes, tomates enteros, granos de pimienta con vida autónoma, harta mantequilla. Y en todo esto, lo de cocinar mientras contemplaba por minutos cada una de las piezas de carne e incluso la aún dormida especería, pasaban horas. No me creerá el boquiabierto lector, pero estas invitaciones de Anna a cenar --en nuestro propio apartamento-- podían comenzar a las 7 pm y terminar a la una de la mañana del día siguiente. Eso sí, junto con la película estelar o la pelea más nocturna del programa de box. Se apagaba el televisor y se daba por concluida la cena. Donde, por lo general, no había podido avanzar más que en su cuarta parte... y las zanahorias casi enteras y los tabiques de cebolla que hacían como una maqueta dentro del plato --con su tan característico y homogéneo tono pálido-- habían ido a parar al tacho de basura que yo tenía siempre camuflado para la ocasión.

Para conservar una imagen

La imagen de mi madre

La imagen de mi padre

La de mi hermanita, Elena

La de mis hermanos

La mía

Algo se puede hacer

Sobre este papel

Esta pantalla

Son buenas noches

O son buenos días

A pleno mediodía

Y dentro de este planetario

Puesto a girar

Sobre su claraboya

De cemento

Algo se puede hacer

Extender tocar apretar

La mano

Contra este papel en blanco

Contra estos cables

En nada

Ben

Ben hacía cola a un costado de la iglesia para, a través de una angosta puerta de madera, ingresar al amplio espacio de la colación. Shorts cortísimos, de motivos caribeños; aunque, eso sí, altas botas de cazador de osos y una casaca o una morsa completa sobre los hombros para sintonizar con el recio frío de Boston. Mirando a Ben, como a otros y otras que una media hora antes constituían las estatuas o los árboles o los mismísimos edificios alrededor del Commonwealth bostoniano, me atreví a imaginar que el invierno del norte era benigno, refrescante, aliado y alegre a pesar de estar ya varios grados bajo cero y con sol únicamente por algunas escasas horas.

Los *homless* de Boston tienen sus alfás. Y como grupo humano padecen de hiperkinesia. En cualquier momento algo está por estallar. Desde un intrascendente lío por la mantequilla, que por lo demás abunda sobre las bien provistas mesas de la colación, hasta un crimen atroz --aunque siempre impune-- porque se cometió la ceja. Los voluntarios que atienden estos *loussergarden* vespertinos --hacendosos muchachos, a veces señoras, todos gente de bien-- deben aplicarse al máximo... adelantarse a lo que haga falta sobre las mesas de tan excesivos y extravagantes personajes. E incluso anticipar, atinando con un buen saludo o una conversación relampagueante, lo que ocurra en la inquieta imaginación de los alfás de la grey... *nice jacket*, Nancy; *do you like more lettuce, Anna?*; *time to repeat!*... y otras frases por el estilo que se aplican como un fierro sobre los carbones ardientes de una chimenea. Ora se aparta un carbón por aquí; ora se atiza algún otro por allá... para mantener equilibrado el fuego.

No me atrevería a decir si existe o no promiscuidad sexual porque no me consta. Lo que sí hay es amor o, al menos, posesión sumisa y elocuente. Las mujeres reclinadas a sus alfás como San Juan, hacia Jesús, en *La última cena*. Pero los olores sí que son sexuales. Aunque qué aroma podría faltar entre estos vecinos que rara vez se bañan. Salvo Anna o yo. Y acaso aquella digna señora, tan venida a menos la pobre, que de inmediato --cada vez que la veo-- la relaciono con los días que pasara Georgette de Vallejo en el Perú. Célebre viuda y no menos polémica dama a la que, a decir de un ocasional y casi secreto entrevistador, el dinero le alcanzara sólo para comprar sus 50 centavos de bonito durante doce años.

Me alegró mucho encontrar a Ben en aquella entretenida película de ladrones y policías. En algunos comedores de *homless* no es extraño aparezcan cartelitos solicitando extras para la boyante industria cinematográfica local. Ben, entonces, no fue una excepción; me dicen que otros ya antes también habían aparecido en la pantalla gigante. Llevaba sus habituales pantalones calientes y, como siempre, sus hombros sobrecargados con pelo de animal añadido a su propia tan copiosa melena. La película transcurría en invierno y, asimismo, estaba ambientada en la ciudad. A trechos, la nieve aparecía congelada y muy sucia; en otros, era blanca, blanda, brillante e incluso se me antojaba pudiera tener agradable sabor.

Encontrar la mancha
El alma limpia
Oscura y apetente
No más
Cual este abierto y ocioso
Y libre solfeo
Alma como la mía
¿Como la tuya?
A veces.
Encontrar entre la sofocante
Poesía
Un poco de poesía
Algo así
Como una caminata
Con mi brazo extendido
Hacia tus hombros
Mi amigo
Mi camarada
Mí mismo
Encontrar una aurora
Entre cualquier
Papelería
Una aurora y un ocaso
Para cualquier mirada

Veterano marine

-! Buenos días, Anna!

-Buenos días, Padre John

-Créeme que siento mucho, Anna, lo que pasó con Joe.

-(....)

-Pero mira tu ojo, es una barbaridad lo que ese pobre hizo contigo.

-Ya va mejorando.

-Sin embargo, debes saber que si lo denuncias... que admito de sobra se lo merece...

sería enviarlo directamente a la cárcel de donde ha salido con libertad condicional.

Nosotros, la comunidad de esta Iglesia, hemos actuado como sus fiadores o su garantía.

Por eso es que nos ayuda, junto a los demás voluntarias y voluntarios, en atender las

mesas a la hora de la colación. Nosotros, cada semana, damos un informe puntual y

directo al juez que ventila su caso.

-(Anna, sin bajar la mirada ante el presbítero, se quedó meditando)

-Joe podría quedar en la cárcel, y sin posibilidad de fianza, por unos cinco o seis años más. Me ha dicho que está arrepentido, Anna. Que lo hizo en un momento de máxima ofuscación porque te negabas, al filo del cierre y cuando ya todos habían entregado sus platos, a levantarte de la mesa. No lo disculpo, por el cielo, pero debes de reconocer que tenemos el tiempo medido y que, para una persona, como Joe, tu demora lo puso nervioso hasta hacerle perder los estribos y, sobre todo, el respeto que te mereces.

-No voy a denunciar a Joe, Padre John.

-Muchas gracias, querida Anna. Y, recuerda, debemos procurar apurarnos un poquito más y terminar nuestra colación dentro del tiempo estipulado... de 7 a 8 pm es más que suficiente para compartir la comida y dar gracias a Dios por los bienes recibidos. Otra vez, recibe nuestras disculpas y agradecemos tu cristiana decisión.

Anna se levantó y estrechó brevemente la mano del Padre John. Lucía, sobre su ojo derecho, una aureola espesa entre morada, rosada y verde. Su amigo Robert Staton, un parroquiano de la Swedenborgian Church y ex matón arrepentido de la célebre mafia de South Boston, iba literalmente a asesinar a Joe. Pero Anna, con enorme dificultad, logró disuadirlo contándole su breve entrevista y acuerdo con el Padre John.

Conservo, hasta ahora y no sé cómo, unas fotos de aquel terrible trance de Anna.

Recuerdo haberme ido de Boston por algunos días y, al volver, encontrarla de repente en aquel estado deplorable. El rostro más neutro del mundo, un neumático de rostro, y

en su parte superior una gran sombra oscura... Como el camuflaje de un recio y veterano marine, ni más ni menos.

Hasta que te animas
Te activas
Al piano
Incandescente
Con caca todavía
Por venirte a escribir
Algo que no era
Reducible
A la mierda o a la comida
Pero que sin embargo
Si no hubieras tomado tu desayuno
Sería imposible escribir
Ni hablar directamente
Con Dios
Como haces ahora mismo
Activado
Despierto
Aunque con el culo sucio
Hablar con Dios
Recordándote a ti
Por ti
Porque a mí no me importa
Dios
Mejor dicho,
No es santo de mi devoción

Porque lo encuentro por todas partes

Hasta el aburrimiento

Pero Dios existe

Si esto te consuela

Y te activa

Existe sin duda

Y te acompaña

Y te espera en la muerte

Y te sonrío

Y blablabla... y blablabla

Como la ventana que cierras

Porque vino el frío

Anna

Echo de menos Boston, a pesar de que allí recibí la noticia --desde Lima, Perú-- del fallecimiento de dos de mis queridos hermanos: Germán y Eduardo. Agobiado y sin dinero y como estudiante graduado, la única que compartió esas definitivas noticias, distantes una de otra en poco más de un año, fue Anna Brown... de quien no sé nada hoy en día... la conoce alguien... me ayudan a ubicarla.

Anna era excéntrica, no sé si millonaria; pero algunos en el barrio de Beacon Hill cotilleaban aquello. Algo de su padre, distinguido economista y republicano en los años 50, que le dejara una cuantiosa herencia administrada, para el año 2000, por una abogada con la que sólo una vez me topé en el departamento que compartíamos --mejor dicho, donde tenía mi cuarto-- con Anna. Por otra parte, era como para no creer aquello. Con ella aprendí a cenar, literalmente, en todas las iglesias de downtown Boston. Teníamos los horarios de cada una. Al principio iba con ella; pero luego lo hacía solo y allí nos encontrábamos y regresábamos juntos a casa con panes y frutas y, no pocas veces, más comida que conseguíamos igualmente gratis... y que se amontonaba y podría fuera de las dos enormes refrigeradoras de la cocina porque, sin exagerar un ápice, no cabía guardar ni un trozo más de comida allí. Algunas veces, incluso, tuve que ayudarla a deshacerse de conservas --por décadas vencidas--; lomos de salmón intactos, de olor y color ya desconocidos; panes, chapas, pepas, cáscaras antiguas, periódicos, etc.... Porque la gente de nuestro respingado edificio ya no le perdonaba una más. Uno más de aquellos aromas que se filtraban hasta el corredor y las escaleras de, repito, más bien encopetados vecinos.

Pero no solo esa extraña complicidad nos unía; aquello de tener que deshacerse, en

enormes bolsas de negro polietileno, de toda la basura acumulada por meses o años. No, no era lo único. Porque los residuos que no iban en aquellas oscuras bolsas los conducíamos y guardábamos, por cada estación del año, en los lockers --diecisiete en total y del tamaño de un cuarto pequeño-- que Anna había rentado justo para este propósito. Que ella era tacaña y adicta a guardar cosas, como dicen por allí anal, no me atrevería a sostenerlo. Varias veces, me consta, los cartones y algunos diarios (pocos más bien) cuando se nos hacía tarde los llevábamos en taxi --pagando siempre una pequeña fortuna-- al centro de reciclaje más cercano. Eso sí, y quizá ahora no tanto a su favor, en el supermercado usaba por meses las mismas bolsas de plástico degradable que allí le dieran. Que ganaba un mínimo descuento por ello, no me cabe duda. Pero que le pagaran algo por rescatar y devolver --también conmigo-- los carritos del supermercado que nos encontrábamos tirados a lo largo del camino... Ella no daba un paso más, incluso en pleno invierno y con la nieve hasta los tobillos, si no hacía retornar --a veces toda una piara de estos carritos-- a su exacto lugar de pastoreo. ¡Ah, querida Anna, quién me podría hacer saber algo de ti!

El cuarto que alquilé en su casa estuvo ofrecido, vía la Off-Campus Housing Listing Service, para cualquier estudiante de la Universidad de Boston. El detalle es que, contra todo pronóstico --tratándose de alquilar algo barato en aquella carísima ciudad y más en una zona como en la que Anna vivía-- cuando miré aquella lista, a incluso un mes de haber empezado las clases, la oferta seguía en pie. A decir verdad, era ya la única opción en toda aquella oficina dedicada al servicio de alquileres para los estudiantes.

A mi entrevista me acompañó el Perry, otro peruano amigo, pero con mucho mejor inglés y más sentido común. A Anna, de setenta años a la sazón, le encantó el Perry por

su elocuencia con el idioma; pero el que fue su room mate fui yo. Yo, a quien dos años después ella dedicaría una frase inexplicable: “-eres un ángel”. Era el apartamento 1206 de un edificio en cuya planta baja funciona una sucursal de la Swedenborgian Church. Iglesia en la cual mi amiga fungía, invariablemente, de ayudante de cocina los domingos y se encargaba de que, luego de la comidera en el refectorio, todo quedara impecable. Lógico, la iglesia abajo, la institución. Y el ángel de Anna arriba.

Para Anna

I

Si perdiéramos la noción de las cosas

El árbol muy alto y triste

Si nos quedáramos es estas

Conjugaciones

De la aguda a la más grave

Para que nomás intuyeras

Nuestro esquivo corazón

Al papel y a la poesía

Doy de lo que me sobra

Así es esto

Lo del arte

Se da de lo que rebalsa

Si nos perdiéramos por allí

Anhelando y creyendo

No llegaríamos a parte alguna

La poesía

Está aquí mismo

Y me produce más miedo que las brujas

Aunque no parece ni bruja ni hada

El fuego expira

Una hebra de algodón se retuerce

Se consume y desaparece

II

Nada está escrito

Este papel ocioso

Del poeta

De esperar

La colación

Dame de tus labios

Toma con ellos
Como con tus dedos

Mi boca
Doy testimonio
De la poesía
De mi abierto corazón
Lleno de espinas
El camino un segundo
Nos trajo hasta aquí
Este pensar y sentir
Por todos
Por todos y por cada uno